

Ignacio, te dedico este capítulo. Formará parte de un libro muy personal, que llamaré "Memorias de un marginal" para lectura de mi familia y unos pocos amigos entre los cuales te cuento a vos y a los tuyos que son lindos por fuera y por dentro. Rubén Varela

El Grillo

1956- Entraba en la cárcel del Chaco, Resistencia, a las diez de la noche, con 29 compañeros más. Veníamos de la ya desaparecida Penitencia Nacional, Unidad 1 de la Capital Federal. A estos grupos de presos, que los trasladaban de una cárcel a otra, se los denominaban remesas. Estas remesas, por lo general, eran gente sin conducta, predispuesta a todo por conseguir su libertad.

No esperábamos nada por vía legal, precisamente por no tener conducta. Esta conducta solamente se conseguía o consigue, a través de la obediencia sumisa, rayando la obsecuencia.

Fuimos bajando de los coches celulares, esposados de a uno, en medio de una fila de guardianes armados, y llevados a celdas individuales, encerrados con triple cerrojo. Esta cárcel, en esa época era de máxima seguridad. Era casi imposible escapar de ella. Era la de mayor rigor de todas las unidades carcelarias. Estaban bajo el dominio de la Justicia Federal. No había talleres ni nada que pudiera hacer más llevadera la vida dentro de la cárcel. Nos daban una hora de recreo a la mañana y otra a la tarde.

Separados del resto de los presos del interior. Entre ellos, los presos del Chaco tenían miedo de que los contamináramos de ideas rebeldes, como por ejemplo, reclamar mejoras de comida, de salud, de espacio recreativo, talleres para aprender oficios, y por sobre todas las cosas inculcarles el amor a la libertad. Ya sea por la puerta principal, legalmente, o por la puerta de atrás, la ilegal; a nosotros nos daba lo mismo. Era un problema de libertad y no de métodos.

Nos pusieron en el Pabellón N° 1, en la Planta Alta. En la Planta Baja estaban los calabozos, celdas de castigo de máximo rigor.

Los días transcurrían con una monotonía enfermiza. No teníamos, como dije, contacto con el resto de la población penal, para que

no pudiéramos conocer el manejo interno del Penal. Esto limitaba totalmente nuestras esperanzas de fuga. Ya sea individual o masiva. Era realmente una cárcel de castigo, sin posibilidades de nada. Y para eso nos habían llevado ahí. De las 24 horas del día, pasábamos 22 horas encerrados en una celda de dos por dos. Mi obsesión por evadirme fue interrumpida cuando una tarde, al salir al recreo, al sentarme en el suelo a charlar con uno de mis compañeros, saltó hacia mí un grillito chiquito. Traté de agarrarlo, y lo conseguí. A partir de ahí mi vida cambió un poco. El grillo me acompañaba en mis horas de soledad.

Los días fueron transcurriendo. Fue creciendo. Lo tuve primero en una caja de fósforos agujereada. Le ponía azúcar, tierra mezclada con otras cosas... Lo llevaba en el bolsillo de mi chaqueta. Íbamos al recreo, a la enfermería, a la Jefatura... En una palabra, iba a todos lados con él. Ya el grillito se iba haciendo famoso. En ese Penal, cada tres pasos, la guardia de seguridad te paraba y te desnudaba totalmente. Te requisaban a fondo. Hasta las costuras de la ropa. Buscaban siempre lo insólito que pudiera servir para una fuga. En mi caso personal, en cada requisita que me hacían se encontraban la caja de fósforos en que llevaba mi grillo. Muchas veces tuve que discutir para que no me separaran de mi grillito.

La alegría más grande mía fue el día que mi conciencia me dijo que yo era un hijo de puta por tener al grillito en mi poder, encerrado de igual manera que yo. A pesar que en la celda lo tenía suelto, cuando comía lo tenía arriba de la mesa. Saltaba de la mesa a mi hombro. Andaba por mi cabeza, por mi chaqueta, por mi pantalón. Solía meterse debajo de la cama y cantaba. Cuando andaba arriba de ella tenía miedo de matarlo en un descuido. Para el bichito, igualmente, esto significaba estar preso.

Mi conciencia volvió nuevamente a decirme que yo era peor que los cretinos que me habían quitado mi libertad. No lo pensé más. Decidí en el recreo sacarlo de la caja de fósforos y dejarlo en libertad en el pasto. Así lo hice. Dio unos cuantos saltos y se alejó. Sentado en el suelo, me quedé muy triste viéndolo alejarse. Antes que la hora del recreo terminara recibí una alegría inmensa. Sentado en el mismo lugar, el grillito me volvió a saltar encima.

Entra a recorrer mi chaqueta, mi cabeza... En ese momento suena la campana dando por finalizado el recreo. Al grito de formen fila de mis verdugos, el grillito en ese momento, formaba fila en mi hombro. A gatas pude contener una lágrima. Que vergüenza, yo, el duro, el detestado por todos los guardianes por mi insensibilidad para con ellos no me perdonarían nunca mi renuncia sentimental. Tiré la caja de fósforos a la mierda. En ese mismo instante supe que el grillito era más que un grillo. Era mi amigo, mi compañero de celda... No estaba solo. Tomaba mate, después comía, caminaba y lo buscaba con la vista. Estudiaba sus saltos, sus hábitos, sus costumbres, sus movimientos. Escuchaba su canto con deleite aunque no pudiera dormir.

Así fue pasando el tiempo. El tiempo transcurría, del recreo a la celda, hasta que un buen día, después de largos estudios, resuelvo fugarme. Llevaba siempre un pedacito de semilla de una planta muy conocida dentro de mi ropa, cosa esta que nunca llamó la atención de mis carceleros cuando me requisaban. Esta semilla tenía la particularidad que al cortarla un poquito y pasarla por los lagrimales, al par de horas estos entraban a supurar, formándose lagañas y provocando así una aparente infección en los ojos. Esto se curaba simplemente con agua fría en la cara. Decidí poner en contacto las semillas con mis lagrimales para que me llevaran al hospital del pueblo, y poder buscar mi libertad en el trayecto entre la cárcel y el hospital, o si no, esperar llegar al hospital y ver si tenía ventanas y para donde daban. El enfermero de la cárcel vio mis ojos y urgente decidió llevarme al hospital del pueblo. Lo hacen con una fuerte custodia que me desanimaba a fugarme en el trayecto. Para desgracia, iba esposado de manos y tobillos. Esperé llegar al hospital y pedí ir al baño. Pero antes de llevarme ahí, ponen dos guardianes armados en la ventana y otros dos en la puerta. Cuando me sacan las esposas para ir a orinar, comprendo que todo falló, pero sí me queda claro, que con ayuda de alguien podía evadirme sin violencia y con mucha ventaja de tiempo. Salgo del baño para el consultorio médico, esposado, y me dan para la vista gotas y antibióticos. Terminada la revisión médica soy remitido nuevamente a la cárcel. Antes de salir para el hospital le había dejado el grillito a un compañero. Cuando llego

lo busco y sigo mi vida como siempre, buscando como y por donde estaba mi libertad. En ese mes se iba un compañero muy amigo mío, que pertenecía al grupo y habíamos venido juntos de Buenos Aires. Yo ya tenía todo planeado. Espero el recreo y hablo con mi amigo, que se iba en libertad a los pocos días. Le digo si estaba dispuesto a ayudarme a fugarme. Me contestó que sí. El Hospital estaba hecho de pabellones a dos aguas, con tejas y un entrepiso de material desplegable, cal, cemento, varillas de hierro finas. La guardia eran dos salitas chicas, con un baño de 2 por 2 compuesto por lavatorio, una lluvia, un inodoro con un depósito antiguo. Mi amigo salió y se alojó en un hotel de ahí mismo en Resistencia. Mandó un telegrama a un amigo suyo; le pedía que viajara urgente a Resistencia al hotel donde se alojaba y trajera ropa, herramientas, una sierra, metal desplegable, hierro, yeso. Llegó y se hospedó en el mismo hotel. Ese mismo día a la noche van al hospital, a la guardia. Mientras lo atendían al amigo de mi compañero, él se mete en el baño, y parado en el inodoro y agarrado del depósito corta el entrepiso, ayudado por las herramientas que había traído de Buenos Aires. Deja un solo lado sin cortar para que cumpla la función de bisagra. Una vez terminado ese corte de 50 por 50 lo sella con un poco de yeso. Empujándolo con la mano se abría sin que cayera una sola partícula de material. Terminado el trabajo, limpia bien el piso, tira al inodoro el resto del material, y sale al pasillo del hospital. Mientras tanto su amigo fingía un dolor agudo. En cuanto lo vio a su compañero se fue calmando el dolor y salieron juntos del hospital. Habían cumplido así la primera etapa de mi libertad.

La segunda etapa quedaba en mis manos. El sexto día recibo el mensaje según habíamos quedado, donde me anunciaba que había cumplido el cometido. Todo había salido bien y viajaba para Buenos Aires, y me deseaba suerte. Cuando recibí la noticia, le doy a mi compañero de pabellón el grillito para que lo tenga. Si todo salía bien se lo regalaba, siempre y cuando lo cuidara como yo. Después hago la misma maniobra, me pongo la punta de la semilla en los lagrimales y a las dos horas soy acompañado al hospital por tres guardianes armados. Me hacen sentar en un vehículo y me esposan y colocan grilletes en los tobillos. Me

bajan en el hospital, me sacan los grilletes, y me dejan esposado en un banco, bajo vigilancia, esperando que me revise el médico de guardia. En ese momento pido ir al baño. Un guardia sale para afuera y se coloca en una ventana apuntando hacia ahí. Los otros dos guardianes me hacen entrar en el baño, me sacan las esposas y cierran la puerta, con la seguridad de que estaban custodiadas las dos únicas salidas, ventana y puerta. De inmediato miro hacia arriba, y con la ayuda del depósito y arriba del inodoro voy introduciéndome en el entrepiso. Muy despacio para que no se quebrara el material desplegado. Así conseguí el objetivo. Me fui arrastrando despacito por el entrepiso, que era demasiado débil, hasta el lugar donde estaba la ropa, la plata y todo lo que había pedido. Arrastrándome llegué hasta el final del Pabellón, y me desplacé hacia la izquierda, quito tres tejas y miro hacia abajo. Era imposible saltar por ese lado. Estaba muy cerca del guardia que custodiaba la ventana. Me desplazo hacia el otro lado, a la derecha, pero tampoco pudo ser por la cantidad de personal del hospital que había. Lo único que me quedaba era intentarlo por el medio, la parte más alta. Saqué cinco tejas, y como me demoré demasiado, salto apurado y nervioso y caigo mal fracturándome el tobillo. Como pude me fui arrastrando alejándome del perímetro del hospital. Cuando me hube alejado quedando a cubierto por los pastizales a la vera del camino, sentí sonar la alarma del coche celular y los gritos que decían “por aquí”, “por allá”. Al ver que no salía del baño, entraron y vieron el agujero en el techo. Además está decir el revuelo que se había armado. Vinieron coches de la cárcel, de la comisaría, de la gendarmería. Todos tratando de localizarme. Yo no podía moverme. Rompí una camisa que me había dejado mi amigo en el entrepiso y me vendé fuerte para seguir alejándome.

El tobillo cada vez se hinchaba más. Resolví acercarme bien al camino para ver a alguien que pasara, ya sea caminando o con algún vehículo que pudiera ayudarme. En ese momento me vio una señora y un chico y cuando intenté acercarme se perdieron en un recodo del camino. Aquí renuncié a todo esfuerzo. De nada valía pues ya no podía dar un paso más. A los diez minutos me sentí rodeado de varios coches. La señora y el chico me habían

delatado. Habían dado aviso a los patrulleros que estaban custodiando la zona. Bajaron primero los de la policía, y como no me les había fugado a ellos me trataron más bien que mal.

Me llevaron nuevamente al hospital, me enyesaron y me entregaron al agente de la cárcel. Aquí el trato cambió. El sargento al que me le había fugado destilaba odio. El luego tomaría represalias con mi grillo. El médico del hospital me dio de alta y me llevaron a la enfermería de la cárcel. Ahí estuve 45 días. Cuando me sacaron el yeso, me llevaron a la celda de castigo. Era uno de los calabozos que estaba en la planta baja. Mi alegría fue cuando llevaba dos días de calabozo y el preso que repartía la comida dejó caer al suelo por la ventanilla de la celda una cajita de fósforos. Allí estaba mi grillito. Me lo mandaba el amigo al que se lo había dejado. Mi alegría era tanta que me había olvidado de todo lo que me habían hecho. Me senté en el suelo al estilo mandarín chino y jugaba con mi grillito. Me lo habían mandado en una caja de fósforos por temor a que se escapara. Lo saqué de la caja, la rompí, y volvimos a ser uno. Yo no tenía miedo de que se me escapara. Sabía que tarde o temprano se iría y el hechizo se rompería. Y sufriría mucho. Inconscientemente me estaba preparando para este duro dolor, que era una constante en mi vida. Tres días más tarde llegó el momento de la tragedia. En el calabozo lo único que tenía era una toalla y el grillito. Pido ir al baño, me abren la puerta y aparece dibujada en el marco de ella la figura del sargento al que me le había fugado. Junto a él, cinco guardianes más. Me acompañaron al baño, vigilándome tres guardias. En la puerta de mi celda quedó el sargento con dos de ellos. En el baño oriné, me lavé la cara, las manos, y cuando estuve listo para volver a mi celda empecé a caminar con mis guardianes al costado y por detrás. Antes de llegar a mi celda, me llama la atención que los guardianes y el sargento están parados enfrente del calabozo mío. Al sargento le veo en el rostro una sonrisa burlona, despectiva, casi cruel. Apenas asomo mi cabeza en el calabozo veo en el suelo, en un rincón, al grillito aplastado como si hubiera sido triturado por una bota, en forma circular.

Jamás en mi vida sentí un dolor tan profundo. Ni aún cuando una jauría de perros degenerados me condenó, a los 19 años, a

reclusión perpetua, accesorios del artículo 51 y 52. Jamás sufrí tanto. Grité y grité. Mi dolor era el dolor de la muerte. Quería morirme. No quería vivir más, sólo quería morirme y no sabía como. Sólo recuerdo en ese instante que se apoderó de mí una locura fuera de todo control. Me di vuelta como un resorte y de un salto, llegué al lado del sargento sin que los cinco guardianes pudieran impedirlo. Mi mano izquierda agarró la chaquetilla del sargento a la altura del cuello, y con el puño derecho alcancé a golpearlo en la cara. Mi acción fue tan veloz, tan veloz, que cuando los otros guardianes reaccionaron ya mi locura no tenía límites. Su cara sangraba a borbotones. Pero empecé a sentir sobre mi espalda, mi cabeza, mis riñones, patadas, palazos, gomazos. Mi cara totalmente hecha mierda. Mi nariz rota en el tabique, las cejas partidas. Escupí tres dientes. Era el frenesí de la locura. Yo sin soltar a mi presa, maldita, cobarde, pegaba y pegaba y los cinco guardianes pegándome a su antojo y con la misma saña con la que atacaba a su jefe. No sentía dolor, sentía odio, impotencia. Tenía ganas de morir con mi grillo. Mis gritos de rabia y dolor por mi grillo retumbaron en todo el penal. Todo el penal se alzó. En cinco minutos el motín fue imparable. Así como era odiado por mis carceleros, era querido por mis compañeros. Hubo heridos de ambas partes. Gases, balas de gomas... Para contener semejante locura hubo que llamar a la guardia de seguridad. En las celdas estaba todo roto. Colchones quemados. Los Pabellones estaban como si hubiera pasado un tornado. Ventanas rotas, camas, cubiertos, ropas, placares incendiados. No quedó nada en pie. Sobre la marcha se gestó una fuga masiva. Todo esto se pudo controlar recién a las 30 horas con el apoyo de la gendarmería; policía ajena al Penal.

Cuando despierto de todo esto, me encuentro tirado en un calabozo, lleno de sangre, con el tabique nasal y costillas fracturadas, una ceja cortada, mis labios partidos, con dolores en los pulmones, tenía tres dientes menos. Pero mi angustia, mi dolor, que salía de lo más profundo de mi interior me seguía torturando. Mi grillo estaba muerto. Un cobarde de la peor especie lo había matado. Quería llorar y no podía. Sabía que si lograba llorar podía volver en sí. Pero no podía. Gritaba, gritaba.

Insultaba. Tres días más tarde estaba internado en el hospital del pueblo. Me iba a recuperar en un ambiente más calmo. Los médicos y los enfermeros me ayudaban para que volviera en sí. Para que calmara mi dolor, mi angustia, mi rencor, mi deseo de venganza. Estuve internado 60 días para reponerme. Las enfermeras me iban informando y me decían lo que me convenía o no me convenía hacer por la represión que se estaba llevando a cabo en el Penal. Yo quería ir al Penal a pesar de la represión. Quería estar al lado de mis compañeros ya que por mi culpa estaban en esa situación tan dura.

El Penal había sido intervenido desde Buenos Aires ante la impotencia de las autoridades. Cuando llegó el interventor, después de haber evaluado la magnitud de los destrozos y ver que nada había quedado sano, andaba a los gritos diciendo "¡se armó todo este quibombo por la muerte de un grillo! ¡Qué hubiera pasado si la muerte hubiera sido la del dueño del grillo!". A los gritos decía "¡Quiero conocer a ese tipo! ¿Dónde está?". Alguien le contestó que estaba muy mal, en el hospital. Y dijo, también a los gritos "¡si se muere no se pierde nada!". Vino al hospital a conocerme y a decirme que a tipos como yo había que matarlos apenas nacen. Yo desde mi cama le repliqué con todo mi odio. No podía sacar de mi mente la imagen del grillito aplastado en la celda de castigo. Supe que al sargento que asesinó a mi grillo había conseguido dejarle la cara de tal forma que estuvo un tiempo largo sin mezclarse en el Penal porque le tomaban el pelo entre sus propios compañeros. Los muchachos, es decir mis compañeros y amigos, se fueron calmando y el Penal fue recuperando su silencio habitual, parecido al silencio de los cementerios. Así termina esta historia que aún hoy tengo clara en mi mente porque yo juro que jamás asesinaría tan perversa y cobardemente a nadie. El tiempo pasó, y me dieron de alta en el hospital, y fui trasladado nuevamente a la cárcel de Caseros en Buenos Aires con destino a un Penal del Sur Argentino.

Rubén Varela